

RECUERDOS PERSONALES CON PABLO PICASSO



Todos lo sabemos, casi es inútil decirlo: uno de los más grandes creadores artísticos que nunca hayan existido es Pablo Ruiz Picasso. El más legítimo orgullo español a escala internacional de que disponemos hoy. Un español integral, con todo lo que serlo lleva anejo. En este otoño de 1971 estamos asistiendo a un glorioso centenario, el de Picasso, con resonancia increíble en todos los medios de difusión de todos los países, sin excepción ninguna. No importa que los años que cumple Picasso sean los noventa, la celebración ha cobrado visos de centenario recapitulador y para ser todavía más excepcional contamos con la presencia viva del centenario, del milenario, artista. Sea por muchísimos años más.

Y ya se sabe también que en estas celebraciones es costumbre divulgar recuerdos personales con el personaje gloriado. Me encuentro entre los que pueden hacerlo, por lo que, forzosamente, estas líneas tienen que ser escritas en primera persona.

No es fácil conocer a Picasso personalmente, por razones que fácilmente pueden comprenderse. Muchos han hecho el viaje desde España con el único objetivo de verlo y se han tenido que volver sin lograrlo. Hace falta contar con la suerte, como en el toreo, afición bien picassiana por cierto.

Mis primeros recuerdos personales con Pablo Picasso datan del verano de 1957, concretamente de los primeros días de agosto. El Ministerio de Educación me había concedido una beca de dos meses para estudiar en Italia y realicé todo el viaje en ferrocarril, para poder percatarme bien de que viajaba. En avión se llega pronto a los sitios, pero no se viaja. El tren pasaba por la hermosura completa de la Costa Azul y en un periódico francés que alguien dejó sobre un asiento leí que Picasso abría una nueva exposición en Cannes. No lo dudé: haría escala en Cannes para ver la exposición.

En el número 65 de la Rue d'Antibes estaba la "Galerie 65" y cuando llegué a ella un enorme pelotón de curiosos se amontonaba a la puerta, la razón es que el propio Picasso se encontraba dentro, rodeado de toda clase de personas. Justo cuando llegué él salía y pude verle pasar raudo, con su camisa blanca abierta sobre el pecho y su amplia sonrisa blanca abierta sobre el rostro tostado del sol. Parecía aquello la salida de la estrella la noche del estreno: a todos daba la mano, a todos saludaba cordial; a mí también me alargó su mano ruda y sensible y quedó gratamente sorprendido cuando en español le dije: "¡Enrohabuena, Pablo!". Ese fue el primero y fugacísimo encuentro.

La dueña de la Galería 65, una bella rubia en el principio del otoño, tuvo la gentileza de darme la dirección, el teléfono secretísimo y otras informaciones sobre Picasso: "Es muy difícil verle, si está trabajando no ve a nadie, ni come, ni duerme; si está en calma no recibe nada más

que a quien quiere. Usted tiene a su favor el ser español”.

Con todo este bagaje hice mi primera exploración la mañana siguiente. “La Californie”, la finca en donde Picasso vivía entonces, estaba en la pendiente de una colina atravesada por la carretera que lleva a Antibes. Era una subida sin cesar, con el mar calmo, dorado y centelleante en el horizonte. Conforme se iba avanzando en la subida los nombres de las villas comenzaban a tener nombres hispánicos: “Villa San Antonio, “Respiro”, etcétera no sé si sería por la cercanía de Picasso. En uno de los recodos de la calzada, al fondo, una fachada de cegadora cal, con arcos en la entrada, bugambilias y geráneos enmarcando las ventanas; parecía una casa de Torremolinos o de Marbella. No había duda de que tenía que ser allí. Pues no, no era allí. Picasso no vivía en la casa malagueña, como era de esperar, sino en una de al lado horrenda y graciosa al mismo tiempo; una especie de hotel balneario francés del final del siglo pasado, un “pastiche” Luis XV rodeado de alta verja pintada de negro que impedía la visión a los curiosos. Enormes eucaliptus asomaban por encima de ella.

Al ir a llamar en la puerta de hierro se escuchó un fuerte campaneo que procedía de la ciudad, lo tomé como un buen augurio. “¿Don Pablo Picasso, vive aquí?”. “Sí, pero no está en casa; está en los toros”. “¿En los toros?”. Con el que hablo es un hombre de mediana edad, portero o criado de la finca, me informa que Picasso se ha ido a un pueblo vecino, en donde se celebra una novillada. “El señor va siempre a todas las corridas que se celebran por aquí. Puede usted llamar mañana por teléfono, que habrá vuelto”.

Mi llamada del día siguiente tiene como invisible interrogante una voz femenina (que luego supuse sería Jacqueline). “¿Quién es usted?”. “Soy un español que va para Italia y se ha detenido en Cannes con la esperanza de poder saludar personalmente a Picasso”. “¿Y para qué quiere usted verle?”. “Nada más que para conocerlo y charlar unos momentos con él ¿le parece a usted poco?”. Hubo unos momentos de espera por mi parte y al cabo de ellos la misma voz, armoniosa y educada, me indicó: “Venga pasado mañana, a las doce de la mañana”. Sin duda había consultado con el propio Picasso, que tiene que defenderse de los importunos y sobre todo de los pedigüeños que van allí a “sacar algo”. Es seguro que mi espontánea naturalidad fue la que me franqueó las puertas, pues en ningún momento le dije mi condición de escritor especializado en arte, ni en ningún momento pensé ir a “la caza” de una información más o menos interesante. Mi único y profundo interés era ver de cerca a uno de los mitos vivientes de nuestro siglo, tener el honor de conversar con una de las mentes más llameantes, más contradictorias, que ha producido la humanidad. No todos, ni todos los días, pueden tener esta esperanza realizable.

FRENTE AL MONSTRUO SAGRADO

Se suele decir que no existe ningún gran hombre para su ayuda de cámara. Es posible que todos los humanos, en la intimidad,

tengamos parecidas debilidades y que un gran creador sea en el fondo como un hombre cualquiera, con la única diferencia de que “además” pinta, o escribe, o hace música, como ningún otro. Esa es la única diferencia ¡pero qué diferencia! También es cierto que algunos de estos grandes artistas o pensadores no tienen el menor interés humano y que su única seducción se encuentra en su obra, no en su persona. Estos últimos es preferible no tratarlos nunca y quedarnos con la magia que irradian su nombre.

Con Picasso todo es diferente, el hombre es tanto como el artista y viceversa. Tan importante es conocer su obra como conocerlo a él, la simbiosis es perfecta: hombre y obra se corresponden. Con razón se ha podido escribir de él: “Este hombre es una de las personalidades más contradictorias de la historia, y visto de lejos o de cerca, resulta tan sorprendente como sus pinturas”. Picasso no tiene explicación, excede de todo encasillamiento, es como una tribu de gitanos que se hubiera cansado del Perchel marchándose por el mundo “a ver qué pasa”. Ante él hay que pensar que la vejez ya no existe, o que por lo menos ya no es como era en otras épocas; que todos los años (por muchos que sean) están llenos de posibilidades y de ilusiones al alcance. Picasso, contemporáneo de tanto desaparecido, de tanto olvidado, sigue caminando el primero, delante de todos, asomando su activa cabeza de costalero que lleva el “paso” más pesado, pero el más hermoso, el de luces, flores, e inciensos que marean.

El sendero del jardín tenía un ligero declive y conducía a un gran portalón acristalado. Allí estaba Picasso con su escasa vestimenta característica: pantalón corto azul claro con dibujos blancos, camisa rosada con todo el pecho al aire, babuchas marroquíes de cuero amarillo. El artista daba órdenes a mi portero del día anterior sobre unos enormes cajones que ocupaban todo el vestíbulo; eran esculturas embaladas para una exposición en Suiza. Picasso dejó por un momento su ocupación y fijó en mí sus ojos escrutadores: “Tú eres el español, ¿verdad? ”.

Sobre la mirada de Picasso ya se ha dicho muchísimo, pero todo lo que se diga es menos que la realidad. Es una mirada penetrante, podría decirse que obscena de tal manera lo desnuda a uno. Me imagino que de una forma parecida debieron mirar Colón, Hernán Cortés, Teresa de Jesús, Napoleón. “Pasa, que enseguida entro”.

TODO UN MUNDO INCREIBLE

Penetré por un zaguán que daba a unos enormes salones comunicados entre sí. Nada más dar unos pasos comprendí que había entrado de golpe en un mundo totalmente distinto de todo lo visto hasta entonces. Sobre el suelo, apoyados en la pared, encima de toda clase de muebles, una multitud inmensa de objetos de todas clases, imposible de describir: cuadros, esculturas, libros, fardos de revistas, cestos, botellas, sillas desvencijadas, instrumentos musicales, cerámicas, cajones llenos de lo más heterogéneo. En una mesa larga y estrecha toda

clase de sombreros: de picador, de vaquero norteamericano, de la Guardia Civil, monteras de torero, bombines, sombreros cordobeses de al ancha, cucuruchos de cartón, y que sé yo...

—Pero Picasso, si esto es el Rastro madrileño.

El pintor soltó la carcajada y desde ese primer momento se estableció entre nosotros una mutua simpatía, sin ninguna clase de reservas. Enseguida me lo demostró.

En uno de aquellos increíbles salones estaba aguardando la audiencia del día, compuesta de un matrimonio de París, un periodista norteamericano y otra señora vieja. Pasó de largo por delante de ellos y a mí me hizo una seña para que lo siguiese. Penetramos en otra estancia cuya puerta había estado cerrada, estancia igualmente repleta de todo lo que uno no se puede imaginar y que tenía una mesa ovalada en el centro.

—Ahora que ha dicho lo del “Rastro”. ¿Sabe lo que he encontrado el otro día arreglando papeles? Pues el contrato de inquilinato del primer estudio que tuve en Madrid, en la calle Zurbano. Era una buhardilla en donde no había más que un catre de lona, una silla y los lienzos. La estufa no podía encenderla, porque no tenía con qué, ni carbón, ni leña, ni cerillas, ni nada. Cuando me acostaba me echaba encima el abrigo, las chaquetas, todo lo que encontraba, pero como por debajo no tenía más que la lona pasaba un frío espantoso.

Habla con un castellano fluido y sin rozar ni una sola entonación, como si no llevara tantísimos años viviendo en Francia. Así se lo dice:

—Pues le advierto que a veces me paso los meses sin hablar español, porque hasta algunos españoles que viven aquí hablan ya en francés y me da una pena! ...

BRINDIS POR ESPAÑA

“Ahora voy a enseñarle el libro de mi familia. Esta es la casa donde nací, en Málaga. Estos son mis padres... Este es el general Picasso, que intervino en la guerra de África y fue muy comentado un informe que hizo el Rey; es el personaje más famoso de mis antepasados. Por cierto que recuerdo que en un banquete que me dieron en San Sebastián, por el año mil novecientos treinta y tantos, José Antonio Primo de Rivera me dijo: “Picasso, sería gracioso que cuando pasen los años crean que era el general el que pintaba, o que el pintor intervino en la guerra de Marruecos”.

Yo estaba encantado, o sea preso en un encantamiento, escuchándole sus precisos y preciosos recuerdos de infancia, de adolescencia; pero el tiempo pasaba y sabía como era de importante para este hombre que como un nuevo rey Midas todo lo que toca lo convierte en oro. No quería abusar de su deferencia, pero si quería conservar un recuerdo de aquella visita y le pedí que accediese a fotografiarse con una máquina elemental que llevaba preparada.

Salimos al jardín lleno de altísimas palmeras. Picasso se fijó en mi máquina y me dijo: "Esa es una máquina prehistórica. Le voy a decir a Jacqueline que nos las haga ella, hace fotos estupendas y tiene una máquina..."

Volví a entrar en la casa por una de las puertas-ventanales y volví a salir acompañado de Jacqueline, que por entonces aún no era su esposa, pero sí su compañera abnegada e inseparable. Jacqueline había estado entreteniendo a los otros visitantes mientras Picasso charlaba conmigo sin descanso. Era una mujer joven que trascendía serenidad y firmeza, cuya belleza no era evidente de momento, pero es indudable que la tenía. Iba peinada aquel día con el pelo estirado, con raya en medio y recogido en moño, como una andaluza típica y tópica.

-Y vamos a hacer fotos españolas.

Después de dichas estas palabras, Picasso desapareció otra vez por la casa y tardó en salir un rato, con un gran fardo de telas enrolladas bajo el brazo. "He despachado a las otras visitas, así estaremos tranquilos para hacer las fotos que queramos".

Picasso comenzó a desatar el fardo y lo primero que sacó de él fue una capa española negra, con las vueltas de terciopelo rojo. "Fíjese, es de las buenas". Y volviéndola por el cuello me mostró la etiqueta: "Seseña, Calle de la Cruz, Madrid". El pintor, con su sombrero cordobés gris claro, puesto en jarras, la capa bien embozada, parecía un antiguo torero o un ganadero de postín... sino fuese porque por debajo de la capa aparecían sus piernas desnudas y sus babuchas marroquíes. Después me pidió que la capa me la pusiese yo: "¿A quién se le parece con la capa, Jacqueline?". Los dos convinieron en que me parecía a Luis Miguel Dominguín y sabiendo la buena amistad que los unía lo tomé como un cumplido. Debo confesar que hasta entonces nunca me había puesto una capa, pero no debía notármese el detalle.

—"Jacqueline, mira como se nota que tiene sangre española. Esta misma capa se la puse hace unos días a Gary Cooper y parecía un cura".

Mientras intento una postura más o menos de circunstancias, Picasso se pone un tejano blanco, regalo de Gary Cooper, el que no sabía ponerse la capa. Y así nos hace la foto. Hacemos otras más con ligeras variantes. Las horas han ido pasando entre tanto y siento como un complejo de culpabilidad de robarle tanto tiempo a este hombre. Inicio la despedida pretestando que la hora de comer ha pasado ya y Picasso, con esa fogosidad de todas sus cosas me dice: "¿Y por qué no se queda a comer con nosotros? Que pongan otro cubierto".

Al penetrar de nuevo en la casa nos están aguardando dentro un viejo compañero y amigo de Picasso, el pintor barcelonés Manuel Pallarés y su hijo, médico, que vive en Barcelona. Con Pallarés fue con quien primero hizo amistad Picasso en sus años de aprendizaje barcelonés y con quien efectuó su primera visita a París en el año 1900. Los Pallarés estaban pasando una

temporada en "La Californie". Picasso rebuscaba por entre los enormes montones de cosas del "rastro", al poco vino, triunfante, levantando una botella en su mano, en la que se leía: "Tío Pepe".

Era obligado un brindis. Propuse: "Por Pablo Picasso, el continuador de los grandes maestros españoles". Todos levantamos el vaso, pero antes de beber, Jacqueline, en un español trabajoso, aún puntualizó más: "Por España, la tierra de los grandes pintores".

BUENA COMIDA PARA TODOS

La comida es sencilla y selecta, comemos en otra estancia de trastos igualmente amontonados y una mesa ovalada en el centro. Comparte la mesa con todos los indicados la criada-cocinera, una italiana que no habla en toda la comida. Truchas rosadas del Ródano, con una salsa espesa de mantequilla; patatas al horno con perejil picado por encima; ensalada verde, quesos, fruta, coñac y un "Romeo y Julieta" para los caballeros.



En el transcurso de esta comida Picasso habló varias veces en catalán con su compañero de bohemia pictórica. Pallarés lo comentó conmigo, con evidente satisfacción: "Lo habla perfectamente, y sin equivocar ninguna palabra". El otro Pallarés, el hijo, también se esforzaba en que Picasso notase su pronunciación francesa, sin que Picasso le hiciese ningún caso, en vista de ello le interpeló, directamente:

- ¡Maestro...

Picasso no le dejó terminar la frase y se volvió hacia él evidentemente molesto y desabrido: "No me llames maestro. Yo no soy maestro de nada ni de nadie". El doctor en medicina se quedó con cara de enfermo y se atrevió a balbucear: "¡Pues cómo quiere que le llame?", "Llámame Pablo, Picasso, Pablo Picasso, Pablito, como quieras, menos maestro".

Después ya más calmo, continuó. "Bueno ¿y qué querías preguntarme?". "Quería saber si se

había dado cuenta de los progresos que he hecho en mi francés desde el año pasado". La contestación de Picasso no fue menos tajante: "Sí, hijo; ya hablas el francés casi tan mal como yo" Pallares Jr. no volvió a decir esta boca es mía, ni en francés, ni en castellano, ni en catalán.

Picasso habló de muchas cosas, algunas que podría contar pero que no lo hago por no alargar estos recuerdos demasiado; otras que también podría contar pero que no sería oportuno decirlas ahora, aunque se podrán decir en su día. Entre las que sí pueden recordarse es la afirmación: "Pienso regalar gran parte de mis obras a Málaga, a mi pueblo natal". Cosa que no ha hecho, pero no por su culpa, sino por la falta de visión de sus paisanos, que no han sabido atraérselo. En cambio sí ha regalado tesoros maravillosos a Barcelona, desde la fecha de estas visitas que relato. En Barcelona está el fantástico Museo Picasso, que los barceloneses han sabido conseguir.

La comida terminó, pero antes, todos nos sentimos sobresaltados con un gran golpe: uno de los cuadros de Picasso que estaba colgado sobre un aparador, se desplomó con estrépito sobre el mueble. Nadie se movió de sus sillas y Picasso dijo riendo: "Este ya quiere irse para Málaga".

Cuando llegué a "La Californie" fue en busca del más grande pintor actual. Cuando salí de ella lo hice convencido de que, además, había encontrado al más fervoroso español que imaginarse pueda. Un español que lo es no por imposición, sino por convicción, que es lo que vale. Las fotografías me las envió Jacqueline, después, a Venecia. Escribí a Picasso varias veces, le di a Antonio Saura una carta de presentación para él. Le envié una navaja de Albacete con la hoja grabada en la que se leía: "Soy de Pablo Picasso"; le envié un sombrero popular a Jacqueline... Pero estos ya son otros recuerdos. Basta por ahora.

JUAN RAMIREZ DE LUCAS

Con motivo del noventa aniversario del nacimiento del pintor Pablo Picasso, se celebró en la Galería Theo, de Madrid un acto académico en el que intervinieron Camón Aznar, Chueca Goitia, Laín Entralgo y los poetas Luis Rosales y Gerardo Diego. De todas aquellas intervenciones nos complacemos en publicar la del arquitecto Fernando Chueca.

Son ya varias las celebraciones picassianas en las que me ha tocado, bien que modestamente, intervenir, una vez en actos que se celebraron en Madrid, otras en Cannes, Niza, Vallauris o Mougin ante el propio maestro. De todas ellas guardo un gratísimo recuerdo y casi me he acostumbrado a ellas como si se tratara de un rito periódico, a la vez solemne y amistoso.

Esta fecha, 25 de Octubre, ha quedado desde hace muchos años impresa con caracteres muy rotundos en la blanca hoja del calendario de todos los españoles que sienten en lo más hondo estar, como nación, separados del gran pintor que encarna en su más alto sentido el arte universal de todo un siglo. Para suplir, débilmente, esta separación nos acercamos emocionados a estas celebraciones a las que su modestia no resta, antes añade, una muy profunda significación.

Ha pasado mucho tiempo desde que por los años 50 ó 51 un grupo de españoles dirigimos un Exhorto a Pablo Picasso haciéndole sentir que no le habíamos olvidado y que esperábamos que en un porvenir inmediato cambiarían las cosas en España para él y para nosotros. Las cosas a este respecto han cambiado muy poco y nosotros hemos tenido que seguir conformándonos con estas celebraciones y con ver cómo el caudaloso río de su vida seguía avanzando y fertilizando el campo del arte con nuevas e inesperadas aportaciones.

Las circunstancias españolas son tan inmóviles como cambiante el genio de Picasso, del que queda como fuerza unificadora, como argamasa caliente, su tremendo temperamento de artista.

Este temperamento es el que da profundidad a los ojos quietos y ávidos de sus famélicas figuras azules; el que con brusca mano de leñador fragmenta los planos cóncavos de las figuras del ciclo de las "señoritas de Avignon"; el que le lleva a la mágica invención del cubismo; el que hincha los desnudos opulentos de su época griega y sin embargo, los tiñe de cierta vejez inmediata, como de ajojo daguilletipo; el que borrando anatomías llega a la calcárea gravedad del hueso insepulto; el que de nuevo ondula senos y grupas tremolantes como banderas en día de fiesta; el que con ibérico maniqueísmo —frase afortunada de Camón— postula los más crueles antagonismos; el que grita la miseria pavorosa de la guerra mientras el cielo lanza cometas de estupor, o el que desliza la calma

dorada en que se ablandan los dioses mitológicos. Toda esa cabalgata de seres, de formas, de colores, de tensiones, de impulsos contradictorios, inesperados, camaleónicos, son fruto de este temperamento y en él se consolidan y se integran, en él se hacen inteligibles y congruentes. Si como ha dicho Ramón Gómez de la Serna su alma de camaleón cambia a menudo de rama (Ismos pag. 46) no por eso deja de ser esa misma alma, ese mismo temperamento que bajo el polimorfismo subyace consecuente e irreductible.

Tendríamos pues que perforar ese temperamento para quedarnos con aquel residuo último, para apurar la comprensión de la obra y del hombre. A Picasso le ha tocado vivir en una época en que el arte tenía que ser forzosamente experimental y él no sólo no ha contravenido al inescrutable pulso de la historia sino que lo ha acelerado de tal manera que muchos achacan a su incontenencia irreversible los males que estaban, sin embargo, inscritos en el horóscopo de la humanidad.

La Historia, que escoge con astucia sus hombres, colocó al genial malagueño, porque así le convenía, ante las candilejas de su escenario en el momento preciso. En último término la plena revelación del genio sólo se produce por una estricta correlación entre sus facultades y el signo de los tiempos. Dicho sencillamente para que un genio pueda ser tiene que nacer en un momento histórico y en un ambiente que le sean propicios. Lo que ha sucedido con Leonardo, con Rafael, con Bach, o con Beethoven ha sucedido, con Picasso. Este hombre de apetito insaciable para la experimentación ha nacido precisamente cuando por forzosidad histórica el arte tenía que ser experimental. En otro momento su misma inquietud, su mismo poder digestivo, le hubieran destruido haciendo de su vida una úlcera viva.

Para confrontación de lo que vamos diciendo basta recordar las confesiones del propio artista recogidas por su amigo Sabartés. "El mismo me ha dicho más de mil veces —cuenta Sabartés— que nunca ha tenido tiempo para desarrollar una idea debido a que le vienen otras enseguida, y para fijar las que se le ocurren en el momento de pintar, las primeras se quedan en el aire, sobre todo si tuvo tiempo de realizarlas mentalmente, porque entonces le interesan menos que las últimas...". "Lo importante es hacer, y nada más, sea lo que fuere". De ese apetito, de esa voracidad incontenible están llenas las confesiones y anécdotas